

XVIII.

Apiñados cien pueblos de creyentes
 En derredor del ara misteriosa
 Exhalaban las súplicas fervientes,
 En actitud humilde y religiosa;
 Y con voces y afectos diferentes
 Bendecían la diestra portentosa
 Del que aduna á las gentes y á los reyes
 Con una fé bajo unas mismas leyes.

XIX.

¡Ah! sí, este Dios que cuando está irritado
 Estremece del orbe el fundamento,
 A cuyo impulso el rayo disparado
 Estalla, rompe y va á su mandamiento;
 Deja á su voz al orbe consternado,
 Destroza cuanto encuentra, en un momento
 Brilla en el cielo, y hiere en las colinas,
 Y las cubre de estragos y de ruinas:

XX.

Este gran Dios que desde el alto cielo
 Habla al mortal con truenos espantosos;
 Que el fuego vengador lanzando al suelo,
 Hunde en cenizas pueblos numerosos;
 Señor terrible, á cuyo ardiente celo
 No hay quien resista, y grandes y orgullosos
 Señores y monarcas aplaudidos
 Caen de espanto y terror sobrecogidos:

XXI.

Este mismo Señor irresistible,
 Que cuando quiere, con su blando aliento
 Hace tornar el tiempo bonancible,
 Hace callar el mísero lamento,
 Mira al humilde grato y apacible,
 Deja al protervo en su cruel tormento;
 Este es el Dios que al pueblo mexicano
 Tendió benigno la esforzada mano.

XXII.

Su dedo augusto señaló el instante
 Y el sitio bello en que reinar debía
 El Dulce amor, y la Piedad amante
 Verter su copia generosa y pía;
 Aquella copia rica y abundante
 De paz y vida, y dicha y alegría
 A los humanos tristes y aflijidos,
 Y de graves miserias oprimidos.

XXIII.

Brillaba á su derecha colocada
 Con todo el esplendor de su grandeza
 La Reina Celestial, tan celebrada
 Del mismo Dios en sin igual belleza:
 Su vestidura de oro recamada
 No iguala ni con mucho á la riqueza
 De las sublimes prendas interiores,
 Que acrecentan del cielo los fulgores.

XXIV.

Están del Rey Eterno á su mandado;
 Las angélicas turbas obedientes;
 Lo que ordena es al punto ejecutado,
 Cuanto quiere practican diligentes;
 De su semblante hermoso y agraciado
 Al revolver las luces refulgentes
 Su voluntad espresa, y al momento
 A su placer responde el firmamento.

XXV.

A este modo en la tierra al miserable
 Que implora su favor, muestra el camino
 De la virtud, y donde está la amable
 Felicidad, su gloria y su destino:
 Una mocion sagrada é inefable
 Procede al pronto de su ardor divino,
 Y alienta y reanima la esperanza
 Y á su sombra el mortal todo lo alcanza.

XXVI.

¡Oh tres y cuatro veces venturoso
 El que su nombre invoca reverente!
 Dulce al oído y suave y armonioso
 Mueve á placer el corazón doliente:
 Cesa el dolor y el duelo lamentoso,
 Huyen la guerra, la hambre, el pestilente
 Contagio abrasador, y pavorido
 Treme el infierno al celestial sonido.

XXVII.

Ninguno que imploró su valimiento
 Vió su esperanza alguna vez perdida;
 Mortal alguno tuvo el sentimiento
 De no encontrar en su piedad cabida:
 Tal es del pecho suyo el ardimiento,
 Que á la voz del dolor enternecido
 Ahuyenta y deja en júbilo trocado
 El triste lloro apenas comenzado.

XXVIII.

No así despues de la tormenta oscura
 Los conturbados ánimos recrea
 Con tan bello esplendor la lumbre pura
 De la radiante lámpara febea;
 Ni el iris de admirable arquitectura,
 Que al través de la nube centellea
 Con viso vario de color diverso
 Tan dulce calma anuncia al Universo.

XXIX.

A la señal del Padre Omnipotente
 La poderosa Reina una mirada
 Dirigió al Tepeyác, y derrepente
 Se conmovió la celestial morada:
 Tepeyác conclamaba dulcemente
 La gloriosa mansion alborozada,
 Y eco al sonar la acorde vocería,
 Tepeyác, con cien lenguas repetía.

XXX.

Como una hora hacía el Norte en la llanura
 De la opulenta México apartado
 Su cumbre eleva á no pequeña altura
 Aquel estéril y áspero collado;
 Allí Tonantzi inexorable y dura
 Ejercia su imperio depravado,
 Y allí insensato el pueblo la adoraba,
 Y sus tiernos nacidos inmolaba.

XXXI.

Nunca tuvo lugar en su presencia
 La compasion amante y generosa,
 Siempre estaba el furor de inteligencia
 Con la impiedad de la implacable diosa:
 Al triste en derredor de la eminencia
 Andaba siempre vaga y lagrimosa,
 Los fieros sacrificios recordando
 La voz terrible del dolor infando.

XXXII.

Allí continuamente resonaban
 Lastimeros y lúgubres gemidos,
 De infelices humanos, que espiraban
 A duros golpes del puñal heridos;
 Y aquel rumor horrendo que formaban
 Con los medrosos ecos desprendidos
 De las salvages rocas á los llanos,
 Aterraba á los pueblos mexicanos.

XXXIII.

Eran ellos no obstante los autores
 Del miserable estado en que yacian;
 Temblaban de los dioses los furores,
 Y los furores propios no temian:
 Tiranos de sí mismos y opresores
 Las sangrientas escenas repetian
 De esta suerte, y con tantas crueldades
 Realizando el furor de sus deidades.

XXXIV.

Así el hombre infeliz y desgraciado
 Se burla de sí propio, así se engaña
 Cuando no es de los cielos ayudado,
 Y su divina luz no le acompaña:
 Todo lo vé al revés, y en todo errado,
 Con una ciencia á la verdad estraña,
 Se da á buscar incauto en casos tales
 El remedio del mal en otros males.

XXXV.

Pero pasó ya el tiempo borrascoso,
 Y se cubrió la tierra de alegría,
 Roto en do quier el yugo ignominioso
 De la infernal y atroz idolatría:
 Por donde quiera espléndido y glorioso
 El triunfo de la Cruz resplandecía,
 Y á luego el Tepeyác su altiva frente
 Ornó de gloria y gozo permanente.

XXXVI.

Mirólo apenas de su escelso asiento
 La Reina Celestial, cuando su cumbre
 De espíritus mas rápidos que el viento
 Vino á ocupar inmensa muchedumbre:
 De blancas nubes pareció al momento
 Un rico sólio de esplendente lumbre,
 Y en él circuida de una nueva Aurora
 De cielo y tierra la inmortal Señora.

XXXVII.

Diestramente los Angeles pulsaban
 Las ricas cuerdas de sus arpas de oro,
 Y á los sublimes tonos apañaban
 La dulce voz de su cantar sonoro:
 Las matutinas auras revolaban
 En rededor del jubilante coro,
 Y desde allí bajando placenteras,
 Triscaban á compás en las praderas.

XXXVIII.

Y el pájaro cantor de cuando en cuando
 Recorria los puntos armoniosos
 De su escala acromática, exhalando
 Dulcemente sonidos melodiosos:
 Al Oriente subia reflejando
 Un débil resplandor, y aun los radiosos
 Cándidos fuegos de sus luces bellas
 Mostraban en el cielo las estrellas.

XXXIX.

Parecia á su vez haber trocado
 Su mústia rigidez en alegría
 El númen invernal, era templado
 Y agradable el frescor que difundia:
 Sereno estaba el cielo y despejado,
 Tranquilo el Orbe, y un hermoso dia,
 Fausto y alegre, á la progénie indiana
 Anunciaba la próxima mañana.